

mándose al balcón vió en la calle de la Paz á los barrenderos que empezaban su matutino trabajo. El cielo trasparente empezaba á teñirse de color de rosa, y el exquisito fresco del amanecer le reanimó. «He hecho esta noche una tontería, dijo para sí el joven, pero me marcharé esta tarde. ¡Vaya al diablo el bacarrat!» Y mudándose de traje bajó á la calle, tomó un carruaje é hizo que le llevara al Bosque de Boloña. Aquella tarde no se marchó, y volvió á la sala de juego.

Mientras tanto, Clara, inquebrantable en su confianza é inmutable en su amor, esperaba la vuelta de su prometido esposo.

V.

En la tarde del día que Bachelin llevó al palacio de Beaulieu dos noticias igualmente malas, la de la pérdida del pleito y la de la estancia de Gastón en París, la Marquesa, aturdida aún por aquel rudo golpe, se sentó en su poltrona en el salón que daba á la terraza. Reflexionaba profundamente, mostrándose en su semblante sus dolorosas impresiones. Entrando de pronto el Marqués, distrajo á su buena madre de estas tristes ideas. Estremeciéndose la Marquesa, miró un momento á su hijo con inquietud cual si te-

miese nueva desgracia, pero al verte con la mirada tranquila y la sonrisa en los labios, exhaló un suspiro.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Nuestros primos los Prefont que llegan, madre mía. El breack ha pasado ya la verja y viene por la alameda principal.

En efecto, oíase el crujir de la arena por la presión de las ruedas. La Marquesa, tan sensible al frío, cubrió su cabeza con una toquilla de encaje, rodeó el chal á su cuerpo, y atravesando el ancho vestíbulo amueblado con grandes cofres de peral tallado y cubiertas las paredes con tapices representando personajes, se adelantó hacia la escalinata, delante de la cual acababa de detenerse el breack. De pronto presentóse en la portezuela una risueña cabeza rodeada de una toquilla, y una mano cubierta con guante de piel de Suecia se agitó violentamente, mientras que con voz clara y sonora gritaba una voz:

—¡Buenos días! ¡Buenos días para todos!

El Marqués estaba ya junto al carruaje, de donde salió con extraordinaria vivacidad una especie de oleada de seda, dejando ver sobre el estribo una botita de piel color de castaña, y el principio de una pierna fina cubierta con media de seda gris. La Baronesa de Prefont en persona echóse en brazos de la Marquesa, besándola y diciendo con voz agitada:

—¡Ah! ¡tía mía, qué contenta estoy! ¡Mi buena tía! ¡Hace tanto tiempo que...! ¿Y vosotros, amigos míos?

Al mismo tiempo abrazaba con expansión á la señorita de Beaulieu, repitiendo sus tiernas exclamaciones acompañadas de vivas caricias.

—¡Mi querida Clara! ¡Me parece que ha pasado un siglo!

Sin vacilar acercóse después á Octavio, permitiendo que éste la besara en ambas mejillas, después de lo cual le hizo grandes cortesías á la inglesa, riendo, haciendo crujir su vestido, tomando aliento entre sus gritos de satisfacción, y por asalto el palacio y sus habitantes con su franca y afectuosa alegría. Recobrada de pronto la seriedad, exclamó:

—¡Ah, Dios mío! ¿Y mi marido?

Miró vivamente á su alrededor, y preguntó:

—¿He perdido ya mi marido?

Respondióle una dulce voz:

—Aquí me tienes, querida, esperando pacientemente á que acabes tus entusiasmos para saludar á mi vez á estas señoras.

Y saliendo de la sombra un joven de unos treinta años, vestido con elegante traje de viaje, acercóse risueño y tranquilo á la Marquesa y á Clara.

—Vamos, saluda pronto,—dijo con viveza la impaciente Baronesa.—Bueno, ya está

hecho. Vé ahora á cuidar de que no estropeen mis cajas al traerlas. Te recomiendo especialmente la negra, en que están mis sombreros. ¿Me respondes de ella con tu cabeza?

—Sí, querida,—respondió tranquilamente el Barón.

Y volviéndose á Octavio que le estrechaba la mano, añadió con resignada sonrisa:

—¡Diez y nueve bultos, amigo mío! ¡Trescientos kilos de exceso! Yo creo que mi mujer transporta artillería.

Las señoras entraron al salón, y la Baronesa cuchicheó al oído de la Marquesa con su volubilidad característica y levantando la vista al cielo.

—¡Ah, mi querida tía! ¡Qué cosas tenemos que decirla!

Y enternecido el semblante, estrechando las manos de la Marquesa, añadió:

—Ya sabe V. que nosotros les queremos y que no nos es indiferente cuanto pueda afectarles...

La señora de Beaulieu miró á Clara, que escuchaba atentamente á la Baronesa. Observóla ésta, y dijo:

—Sí; ya sé... en fin, mi marido se lo dirá todo.

Y dirigiéndose inmediatamente á Clara como para borrar el efecto de sus imprudentes palabras, añadió:

—¿Sabes que vamos á Suiza? No hemos

querido pasar tan cerca de Beaulieu sin detenernos aquí algunos días. Partiremos después en carruaje y entraremos por el desfiladero de Verrieres.—¡Ah! ¡pobre ejército del Este! El Barón fué herido en Joux, en el último combate de retaguardia con los bávaros de aquel terrible Werder... Mi marido se portó como un héroe... De doscientos hombres que contaba su compañía, ¡pobres muchachos medio helados por la nieve!... ¡un horror, hija mía! ¡apenas pudo reunir ochenta!... ¡Y no le han condecorado!... Verdad es que nosotros somos legitimistas... ¡Ah! ¡qué Gobierno, amigas mías! ¡Qué abominación!... ¿Creen por aquí que Gambetta se decida al fin á aceptar el ministerio?

Así charlaba la Baronesa como cotorra, sonriendo, gesticulando, pasando de un asunto á otro con una movilidad de ideas y una diversidad de expresiones que causaban estupor. Era un estereoscopio vivo que cambiaba á cada momento sus imágenes.

Admiradas y aturdidas la escuchaban la Marquesa y Clara. La tranquilidad silenciosa del campo habla aumentado su grave formalidad, y la ruidosa animación de aquella parisién producía sensación de vértigo.

Sin esperar contestación á su pregunta, atravesó el salón la Baronesa, dirigiéndose á un balcón, desde el cual se veía el umbroso valle, y en lontananza las chimeneas

de los altos hornos de la ferrería despidiendo rojizo humo, que en la oscuridad semejaba al resplandor de un incendio. Admirada á la vista de aquel paisaje y palmoteando, exclamó la joven:

—¡Qué hermoso es esto! ¡Parece una decoración de la Opera! ¡Ah! ¡La naturaleza!... ¡Qué felices son VV. viviendo en medio de estas campiñas y de estos bosques! ¡Qué buena existencia, y cómo conserva la salud! Míreme V., tía, y compáreme con Clara. Somos de la misma edad y parezco su madre... La fatiga de los bailes, de las comidas, de las visitas, de los teatros, el enervamiento de la vida parisién, nos estropean de esta suerte. Tal cúmulo de placeres constituye un verdadero trabajo. ¿Se ríe V., tía? ¿Va V. á decirme que mi marido y yo podríamos vivir de otro modo y pasar cuatro meses en nuestra posesión de Borgoña?... Sin duda. Pero ¿cómo hacerlo? El Barón es un sabio y tiene su centro intelectual en París. Allí se verifican sus reuniones científicas, allí está la Academia. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡La Academia!... Yo tengo, por mi parte, mil obligaciones que no puedo abandonar: las visitas, la administración de obras de caridad... y en fin, mi hija, á quien no he de dejar siempre sola con su aya. Después de estar dos meses á orillas del mar, otros dos viajando, y otros dos en Niza, figúrense VV. el tiempo que queda. ¡Ah!

¡qué cansada estoy!... ¿Vamos á sentarnos?

Y pasando como torbellino entre su tía y Clara, se acomodó la Baronesa en la poltrona de la señora de Beaulieu.

—Ahora háblenme de ustedes... ¿Qué hacen aquí? ¿En qué ocupan el tiempo? ¿Y Octavio? ¿Y el vecino dueño de las ferreñas?... Ya ven VV. que me acuerdo de cuanto me escriben. ¡Oh, Dios! ¡Qué sería de una si no tuviese cabeza!

Arrellanándose en la poltrona cerró suavemente los ojos la Baronesa, disponiéndose á escuchar con la mayor atención á su tía y á Clara. Hubo un momento de silencio; y casi sin transición, como cantor pajarillo que lanzado el último trino se duerme junto al nido, la parisién, fatigada por el viaje, apoyó suavemente la cabeza en el respaldo de la butaca, y su acompasada respiración indicó que cedía al sueño.

Clara y la Marquesa se miraron con benévola sonrisa, y tomando cada una de ellas la empezada obra, esperaron á que despertase la encantadora joven que, á pesar de la edad, continuaba siendo niña.

La Baronesa de Prefont llamábase Sofía d' Hennecourt, y era hija única de una hermana del Marqués de Beaulieu. Educada con Clara, formó parte en el convento del grupo de nobles que tanto molestaba á las niñas plebeyas. Había conocido también á la heredera del Sr. Moulinet.

Con corazón de ángel y cerebro de pájaro, pasaba la vida reparando con su bondad el mal que causaba con su ligereza. No había contribuido poco al odio que tenía Atanasia á la señorita de Beaulieu, pues ella fué la que desde el primer día puso por mote á la señorita Moulinet la niña Cacao, por lo cual estuvieron á punto de irse á las uñas las dos colegialas de trece años; pero Clara, que era más alta, fuerte y razonable, lo impidió con ademán altivo.

Más se irritó Atanasia contra la que se interpuso que contra la que atacaba. Además, la señorita de Beaulieu, con la precoz firmeza de su carácter, imponía á todas sus compañeras, siendo en cierto modo la encarnación de aquella aristocracia que tan dura vida hacía pasar á la señorita Moulinet. Esta superioridad fué causa principal del odio de la menospreciada niña.

A decir verdad ningún daño había hecho Clara á Atanasia, pero sus temperamentos eran completamente opuestos. Todas las condiciones de la aristócrata disgustaban y ofendían á la plebeya: la elegancia de su cuerpo, la blancura de sus manos, la rica sencillez de su traje, hasta su papel de cartas timbrado con iniciales de colores, y los guantes que se ponía en las horas de recreo.

Clara y sus amigas se tuteaban entre sí, y Atanasia afectaba tutear á todas, lo cual produjo terribles discusiones en aquella so-

ciudad en miniatura. Sofia d'Hennecourt, exasperada, no quería sufrir que la tutease, y hablaba de V. á la hija del chocolatero. Clara se reía de tales preocupaciones, que le parecían pueriles, y tuteaba á Atanasia, quien consideró esta familiaridad como una injuria. El rencor de la niña Moulinet no pasó inadvertido de Clara, pero tampoco hizo caso de él, y, acaso contra su voluntad, se acentuó el desdén con que la miraba.

La guerra era incesante y tenaz entre la señorita d'Hennecourt y la niña Cacao. En una ocasión volvió Sofia del locutorio con un paquete de pastillas de chocolate y ofreció á todas sus compañeras; aproximándose á Atanasia, le dijo con mucha amabilidad y alargándole el paquete: «¿Quieres? Puedes atreverte á comerlas; no proceden de tu casa; son del Marqués.»

La niña Moulinet palideció de rabia, y cogiendo el paquete lo tiró contra una ventana, cuyos cristales fueron hechos pedazos; vinieron á las manos, y cayendo de un empujón Atanasia al suelo, se hirió en los dedos con un pedazo de cristal. La violencia de su cólera y el miedo de ver correr su sangre privaron del conocimiento á la niña Moulinet. Impulsada por uno de los cambios de su notable carácter, cogió Sofia á Atanasia en los brazos y ayudó á llevarla á la enfermería, llorando y acusándose de ser la causa de aquel daño.

Desde aquel día cambió la escena. Atanasia se puso francamente al frente del partido burgués, y el patio de recreo dividióse en dos campos, el de las nobles de un lado y el de las ricas de otro. Fueron creciendo estas niñas, y sus querellas tomaron un carácter de discreción y astucia que reflejaba las lecciones del mundo. No se arañaban ya con las uñas, pero se desgarraban mucho más con las palabras. Altiva y desdeñosa Clara, vivía apartada de esta guerra, pero no por eso la odiaban menos. La lucha era latente y continua entre ella y Atanasia, siendo cosa convenida el antagonismo entre la señorita Moulinet y la señorita de Beau-lieu, adversarias dignas una de otra.

El Sr. Moulinet estaba en camino de amontonar una colosal fortuna. Declase que había encontrado un procedimiento para hacer vainilla del carbón de piedra, y que en su chocolate reemplazaba el cacao con almendras tostadas. Esta química alimenticia le hacía ganar anualmente inmensas sumas, y en la plaza de París empezaba á ser considerado el industrial como una potencia financiera. Nombrado recientemente miembro del Tribunal de Comercio, cuando sus amigos hablaban de él decían con gravedad: «Es un hombre poderoso.»

El carácter de Moulinet era jovial; se expresaba con familiaridad, y sin dejar de ser vulgarísimo no era malo. Hacía un favor

cuando le trala cuenta, y deseoso de ensanchar y mejorar el círculo de sus relaciones sociales, miraba siempre hacia arriba y nunca hacia abajo. De esta suerte había logrado ir subiendo.

Cierto día fué al Sagrado Corazón en un admirable landó, y llamó á su hija al locutorio. Atanasia no volvió ya al convento. Había cumplido diez y seis años, y sus compañeras la encontraron el domingo siguiente en el Bosque en el magnífico carruaje de su padre. Ella las vió desde lejos, ansiosa de saludarlas desde tan bello tren.

Algunos meses después, Clara y Sofía volvieron al seno de sus familias, y acabó la guerra por falta de enemigas.

La señorita Moulinet conservó, sin embargo, vivo el odio en su corazón. Seguía con la mirada á sus rivales, y en el teatro de la Opera, desde el palco segundo que su padre había conseguido no sin trabajo, veía con ira á las señoritas d'Hennecourt y de Beaulieu brillando en un palco bajo de entre columnas, donde durante los entreactos entraban sin cesar á saludarlas elegantes caballeros, y en cuyo antepalco la conversación era continua. En el de Moulinet, por el contrario, nadie entraba, reinando el vacío y el silencio.

—Seguramente,—decía para sí Atanasia,—algunos de esos que las visitan solicitará á Clara y se casará con ella.

La belleza de la señorita de Beaulieu era entonces verdaderamente encantadora, y cuando se presentaba con vestido de color de rosa escotado y sin alhaja alguna, producía admiración.

Sofía fué la primera en casarse. La pidió el Barón de Prefont, y el matrimonio se celebró en la iglesia de San Agustín con gran esplendidez, sin que la señorita Moulinet fuese invitada á la ceremonia, lo cual no impidió que algunas compañeras de colegio pretendieran haberla visto en una de las naves laterales, acompañada de una doncella y muy cubierta con el velo. Este reconocimiento ofensivo no se pudo probar nunca. La sombra de un pilar protegía á Atanasia, que devoraba con la vista á sus enemigas. Clara pedía para los pobres acompañada del joven Vizconde de Pontac, y cuando se aproximó al sitio donde la señorita Moulinet había establecido su observatorio, alejóse ésta, ocultándose entre la muchedumbre. Indiferente Clara, no advirtió la maniobra, y continuó pidiendo con dulce sonrisa, sin pensar que si las miradas matasen, habría caído muerta en mitad de la iglesia.

Casada Sofía, y habiéndose ido el Duque de Bligny á San Petersburgo, tuvo Clara una vida muy retirada, y por último hacía ya seis meses que vivía lejos de París. No recordaba ya á Atanasia, y viendo dormir tranquilamente á la Baronesa de Prefont en

la poltrona, ni siquiera se acordó de las querellas que aquella hermosura sin seso había producido en el convento.

Al ser abierta la puerta del salón, despertóse la Baronesa; vió entrar á su marido y á Octavio, y poniéndose ligeramente de pie y recobrando de pronto toda la lucidez de su entendimiento, exclamó echándose á reir:

—¡Ah, cielos! Me habéis dejado dormir. Pasa aquí como en los cuentos de hadas, como en el castillo de la Bella en el *Bosque durmiente*; apenas llevo cerrado los ojos. Pero ¿dónde está el príncipe encantador? ¿Eres tú, Barón? No; ¡es Octavio! Perdóname V., tía mía. El ambiente de esta tierra tiene la culpa. Me ha fatigado. No estoy acostumbrada en París á una atmósfera de esta clase.

—Eso no es nada,—dijo la Marquesa.—La tranquilidad te adormece; pero ya te acostumbrarás.

Aproximóse el Barón con su tranquila gravedad.

—Acabo, querida, de ejecutar tus órdenes,—dijo,—y ahí tienes tu equipaje, que llena casi todo el palacio.

—Está bien,—respondió la Baronesa con aire de reina satisfecha de su pueblo.

—¿Quieres que te enseñe tu habitación?—preguntó Clara á Sofia viéndola de pie é indecisa.

—Con mucho gusto.

Y tomando un saquito de mano, de cuero rojo con sus armas grabadas, que había dejado sobre un sillón al entrar, echó una ojeada á su marido.

Acercóse éste presuroso para librarla de aquel pequeño peso, y ella retiró el saco vivamente, diciendo:

—No, tú no; eres demasiado distraído y hay que tener cuidado con esto. Toma tú, Octavio.

Y al mismo tiempo indicó por segunda vez la Marquesa á su marido con una ojeada.

—Querida, me encanta tu confianza,—contestó Prefont sonriendo.—Anda, Octavio, amigo mío, haz tú el trabajo. Yo acompañaré mientras tanto á vuestra madre.

Gozosa la Baronesa de que la hubiera comprendido su esposo, le hizo una señal de aprobación y cogió del brazo á Clara para asegurarse de que no impediría, quedándose al lado de su madre, la conferencia así preparada entre el Barón y la Marquesa; y salió tarareando una canción.

Grave y pensativo dió el Barón algunos pasos en silencio. Arrellanada la Marquesa en la poltrona, miraba ante sí distraída. El salón estaba oscuro. El fuego, que por lo fresco de la tarde habían mandado encender, chispeaba en la ancha chimenea de granito rosa, produciendo con el movimiento de las

llamas una danza de resplandores en el techo. Figurábase la Marquesa que las noticias traídas de París por el Barón acaso fueran mejores que las que aquel mismo día habíale comunicado Bachelín. Olase ya desde el salón los rápidos pasos de los jóvenes que recorrían las habitaciones del piso superior, produciendo en el viejo palacio una vida y un movimiento inacostumbrado. Los ecos de las canciones que la Baronesa iba dejando tras sí como rastro sutil, vibraban alegremente en el aire.

Distraída por fin la Marquesa de su meditación, levantó la vista, y viendo al Barón de pie ante ella esperando sus órdenes, dijo con melancólica sonrisa:

—Y bien, sobrino, ¿tienes algo que decirme? Sospecho lo que sea, y ya ves lo apenada que estoy...

—Es un tristísimo asunto en efecto, tía mía,—respondió pensativo el joven;—asunto que no aumentará seguramente la consideración de que goza nuestra clase. Cuando cualquiera de nosotros no cumple su deber, la falta cometida recae sobre todos sus iguales. Lo único que nos hace superiores á las demás clases es la fidelidad á nuestros juramentos. Aun se dice como proverbio: «palabra de caballero;» pero cuando sea notorio que dejamos de cumplir nuestras promesas como cualquiera, ni siquiera se nos reconocerá el supremo respeto á la fe jurada, y ha-

breemos perdido por completo la antigua reputación.

Brilló una lágrima en los ojos de la Marquesa, y levantando hacia el Barón sus finas y adelgazadas manos, le dijo:

—Dimelo todo, no me ocultes nada: ya sé, gracias á la actividad de mi buen Bachelín, que el Duque de Bligny está en París desde hace seis semanas.

—¡Ah! ¿De veras lo sabía V.?—dijo el Barón con amargura.—¿Y sabía V. también que va á casarse?

—¡A casarse!—exclamó estupefacta la señora de Beaulieu irguiendo el cuerpo en la poltrona y poniéndose muy pálida.

—Sí, querida tía. Perdone V. mi ruda franqueza; pero en esta clase de asuntos me parece que lo mejor es hablar claro.

—¡A casarse!—repitió lentamente la Marquesa.

—El Duque ha hecho los mayores esfuerzos para que no se supiera la noticia; pero el futuro suegro, que, según parece, es un burgués vulgarísimo, ha sido menos discreto. El buen hombre no cabe en sí de regocijo. Figúrese V. ¡Duquesa su hija! Casterán, un íntimo amigo de Bligny, que sabe con pormenores esta historia, me la ha referido, y siento decir á V., tía mía, que no hay cosa más lamentable. Imagine usted que apenas llegó el Duque de San Petersburgo, intervino en una gran partida de

juego que hay en el Círculo desde hace algún tiempo. Muy mal tratado por la suerte, perdió pronto cuanto tenía, que no era mucho. Acudió á la caja del Círculo para proveerse de fondos y cubrir sus compromisos. Continuó jugando en tales proporciones que sólo en una semana ascendieron sus deudas á doscientas cincuenta mil pesetas. Parece que había perdido completamente la cabeza, y que, enloquecido por la mala suerte, jugaba á ciegas. En dos noches ganó cuanto perdía, y después volvió á perder cien mil pesetas, quedando en definitiva con una deuda de doscientas mil.

—¡Una deuda de doscientas mil pesetas,—dijo la Marquesa con triste sonrisa,—no es poco, ciertamente!

—No lo es, y mucho más para Gastón, que no tenía ni un céntimo con que pagar. En los Círculos las deudas de esta clase se pagan dentro de las veinticuatro horas, so pena de ser expulsado y puesto su nombre en lista de tramposos. La situación del Duque era, pues, muy comprometida. Debíó dirigirse á su familia, y aunque toda nuestra fortuna esté en bienes raíces, la Baronesa y yo le hubiéramos dado parte de la suma, y pudo aplazarse con los acreedores para el completo pago; pero Gastón no pensó, ó mejor dicho no quiso dirigirse á nosotros, porque Casterán se lo había aconsejado. El desdichado joven encerróse en su habitación del Círculo,

entregándose á penosas reflexiones y comprendiendo que había comprometido gravemente su posición social y su porvenir. En este momento fué cuando intervino la Providencia personificada en el futuro suegro, á quien, según me han dicho, no había visto Gastón más que una vez. El suegro acometió resueltamente el asunto, hablando á Bligny en estos ó parecidos términos: «Señor Duque, debe V. doscientas mil pesetas: necesita V. tenerlas hoy mismo y no podrá adquirirlas.» Al ver que el Duque se levantaba vivamente para cortar semejante conversación con un desconocido, el viejo impidió que lo hiciera pronunciando la siguiente frase: «Traigo á V. las doscientas mil pesetas. Tengo una fortuna inmensa, y no quiero que se diga de un hombre como yo, que da diez millones de dote á su hija única, que por cuarenta mil miserables duros permite dejar comprometido el nombre de una de las más ilustres familias de su patria.» Esto es increíble, tía mía, ¿no es verdad? Comprenderá V. bien que no garantizo la rigurosa exactitud de las palabras. Casterán tiene lengua viperina y ha podido adornar algo las frases, pero en tales términos me ha referido la aventura. El pobre Bligny quedó deslumbrado, creyendo tener ante sí un hombre de oro. Abierta la caja de su inesperado bienhechor, empezó por meter en ella un dedo; tras del dedo siguió

la mano, y como cogido en un engranaje, tras de la mano toda su persona, incluso el título. Esta es, pues, la historia de su casamiento.

Hubo un momento de silencio. La oscuridad era grande, y apenas veía el Barón en la sombra la cabeza altivamente levantada de la Marquesa. Oíase sólo el acompasado tic-tac del reloj de la chimenea. Vió el joven de pronto pasar como una blanca nube por el rostro de su tía, y comprendió por un mal sofocado sollozo que estaba llorando; dió algunos rápidos pasos hacia ella, y arrojándose á sus pies la cogió tiernamente la mano, no encontrando palabras para consolar aquel dolor que había sido superior al orgullo.

—Esto no es nada,—dijo con dulce voz la Marquesa;—no he podido dominar mi pena, lo confieso. Es tan grande mi infortunio, que me ha sido imposible detener las lágrimas. ¡Amo tanto á Gastón! Ha sido para mí un segundo hijo, es de mi sangre, y su mal comportamiento me causa doble dolor. No puedo comprender tal ingratitud de su parte, porque era un joven generoso y de leal corazón. ¿Cómo ha sido posible que cambie tan pronto? ¿Cómo ha podido la sociedad deshacer en algunos meses la obra de tantos años? ¡Le eduqué con tanto cuidado y tanta ternura! ¡He ahí cómo me recompensa! ¡Ah! ¡ingrato! ¡ingrato!

Muy conmovido el Barón cogió maquinalmente el punzón de marfil con que la Marquesa hacía prendas de abrigo para los niños pobres, é irritado lo clavaba con obstinación en un grueso ovillo de lana gris.

La Marquesa se repuso al fin, y enjugando las lágrimas:

—Lo que más importa—dijo con serenidad—es que tomemos grandes precauciones con Clara. Ya la conoces. Es orgullosa y arrebatada; su padre era también así; corazón de oro, pero cabeza de hierro. El golpe va á ser para ella terrible por cogerle completamente desprevenida. Esta mañana mismo me hablaba todavía de Gastón, y ni por un momento le ha ocurrido que pueda pensar en otra mujer. Para ella, el silencio y la tardanza del Duque provienen de necesidades de la situación en que se encuentra. Nunca ha abrigado la menor duda. Leal y franca, espera de los demás la misma lealtad y franqueza, y en un alma como la suya, tamaña desilusión puede tener fatales consecuencias.

—Pero, querida tía, ¿no cree V. que si decimos algo á Bligny pueda modificarse grandemente la situación? El Duque se ha visto arrastrado... Acaso haciendo que comprenda la gravedad de la falta que va á cometer sea posible evitarla, y si V. lo permite, estoy por completo á su disposición para hacer esta tentativa.

—No,—dijo la Marquesa con gran altivez.—Nosotros no somos de los que se humillan é imploran. Nuestra posición, por triste que sea, es clara y digna, y por nada la cambiaré. Para decir á mi hija la triste verdad, esperaré á que los compromisos de mi sobrino con su nueva novia sean irrevocables, porque con un hombre tan caprichoso como el Duque de Bligny,—añadió la señora de Beaulieu sonriendo amargamente,—no se puede responder de nada, y acaso todavía mude de propósito.

—Como V. guste. No seré yo quien censure esta determinación, y á decir verdad, esperaba oír hablar á V. así; pero he considerado deber mío proponerla esta gestión conciliadora. Suceda lo que quiera, la razón y la dignidad están de vuestra parte, y aunque vierta algunas lágrimas en secreto, no habrá motivo para que se avergüence en público. No diré otro tanto de Bligny.

Oyóse en la escalera principal ruido de pasos acompañado de murmullos de alegres voces. Descuidados y risueños bajaban Octavio y Clara con la vivaracha Baronesa, que había excitado su buen humor.

Abrióse la puerta del salón, y como desbordado torrente, entró la señora de Prefont precediendo á sus primos en la solemne y sombría estancia.

—¡Dios mío! ¡Están VV. sin luz! ¡Qué lobreguez!—exclamó la Baronesa.— Si pa-

rece que hablan VV. en el fondo de una tumba... Tía mía, V. nos mima. El Barón y yo tenemos las mejores habitaciones del palacio. Nos vamos á encontrar tan bien aquí, que no querremos irnos.

—Tanto mejor, querida mía; pero supongo que el viaje os habrá despertado el apetito. Vamos, pues, á comer.

En el mismo instante y como si hubieran sido oídas las palabras de la señora de Beaulieu, fué abierta de par en par la puerta del comedor; un torrente de luz hizo brillar los aparadores llenos de porcelanas antiguas y de mazizas piezas de plata, y la voz grave y reposada de un criado pronunció estas palabras: «Señora, la mesa está servida.»

VI.

Al día siguiente de la llegada á Beaulieu de los señores de Prefont, y muy á punto para despertar algún interés á la Baronesa, que empezaba á encontrar ya la vida del campo algo aburrida, presentóse en el palacio el señor Derblay acompañado de su hermana.

Bajo una gran tienda de lienzo rayado de gris y rojo, gozaban los habitantes de Beaulieu de la deliciosa temperatura de uno de esos bellos días de octubre, últimas sonrisas